

## UNAS CASUALES COINCIDENCIAS... Y CÓMO ME BENEFICIÉ DE UNOS COCHES DE APOYO

El tramo que acababa de recorrer era precioso. Una leve subida a través del empedrado de la Calzada Romana conducía a un alto desde el que se dominaba el precioso valle que acababa de atravesar, con las montañas de fondo. Después siguió un trecho en el que el Río Esla trazaba un amplio meandro y el Camino tiraba recto hasta reencontrarse con él, con la senda en cornisa y el río a los pies mucho más abajo, aunque sin ningún peligro.

Pero la bajada a través del bosque hasta Valdoré terminó de machacarme los pies. El descanso no me sirvió de nada, a poco de reanudar la marcha volvieron las molestias. Se fueron sucediendo tres pueblos, en los que paraba y me descalzaba, pero el alivio duraba hasta que volvía a caminar. Las uñas de los dedos gordos de los pies tenían un aspecto bastante poco tranquilizador, las ampollas de las plantas de los pies me seguían molestando y el fantasma de un abandono se asomó. Busqué algún sitio en el que tomar alguna decisión momentánea al menos y, por fin, cuatro kilómetros antes de Cistierna, en medio prácticamente de la nada apareció al borde de la carretera un mesón.

Nada más entrar dejé la mochila y el bordón apoyados en la pared y me apalanqué en la barra. Me tomé las cosas con calma, porque enseguida me percaté de que ese local estaba más pensado (al menos, a esas horas de mediodía) para comer que para beber. Un señor y una señora subían y bajaban desenfrenadamente y de forma continua con platos, estaban a tope. Esperé pacientemente hasta que el señor entró en la barra para llevar algo y me atendió.

Pedí una bebida con gas y la tomé poco a poco, estaba fresquita y resultaba reconfortante. Pero yo estaba bastante derrotado, la cabeza tendía a inclinarse sobre el pecho y veía todo muy negro. En esos momentos mi moral estaba por los suelos, me encontraba roto. Además, sin albergues, sin peregrinos... tenía que apechugar con ello yo solo, sin la posibilidad de hablarlo con alguien. Barajé las posibilidades pensadas para días venideros, porque continuar en estas condiciones hasta Compostela se me antojaba tarea imposible.

Dos señores se acercaron también a la barra y esperaron charlando. El dueño entró otra vez a por algo y les atendió, circunstancia que aproveché

para pagar. Mejor dicho, para intentarlo, porque cuando pregunté cuánto era el dueño me respondió: "Nada, te invito yo". Le había oído perfectamente, pero no pude evitar un "¿cómo?". "Estás invitado, te he visto con el bastón, ya veo que eres peregrino", añadió. "¿Eres peregrino?", le pregunté. "No, pero tengo amigos que han hecho el Camino. A mí me gustaría, pero ya ves, no tengo tiempo", me contestó, con un gesto de las manos que intentaba explicar lo que estaba claro, que se encontraba desbordado. Se lo agradecí.

Fue un agradecimiento de palabra y de corazón. Los peregrinos estamos acostumbrados a que nos inviten en ocasiones al final de la comida al café o al chupito. Menos habitual es que te inviten directamente cuando pides solamente una consumición. Y en ese momento me resultó muy gratificante, ese detalle me animó un poquito. Parecía como si el Apóstol intercediera para levantarme el ánimo.

Al salir al exterior regresé a la cruda realidad. Me descalcé, las uñas tenían un aspecto horrible, y además del dolor no sabía si podía tener alguna infección. Dado que faltaba poco para llegar a Cistierna, y previsiblemente sería por carretera llana (estaba claro que la montaña leonesa había quedado definitivamente atrás), decidí ponerme las sandalias que llevaba para las horas de descanso tras las jornadas y guardar las zapatillas en la mochila (de donde, aunque en ese momento todavía no lo sabía, no volverían a salir más que para airearse de cuando en cuando).

Me puse en marcha. A poco de ir caminando por el arcén de la carretera, un coche que venía de frente me pitó y el conductor hizo un gesto con el brazo en señal de ánimo. Siempre gustan esas formas de apoyo. Resultó un poco raro en aquella zona, que estaba claro (desde el comienzo) que no tenía mucha conciencia de ser un Camino hacia Santiago. En las circunstancias que atravesaba resultó además muy de agradecer, y mientras iba pensando todo eso... anda, otro coche que me pitaba. Vaya casualidad, no podían venir en mejor momento. Con lo bajo de moral que andaba, esos sencillos gestos me provocaron una intensa emoción, a la que en esas soledades (¡es tan veloz el paso de los coches!) pude dar rienda suelta con total tranquilidad. Como no hay dos sin tres, un tercero repitió el gesto. Aquello parecía ya una confabulación.

Me resultó extraño en ese momento, pero lo sería más cuando, al final de la peregrinación, recordé que, en el instante preciso y necesario, recibí esas tres muestras de aliento aisladas en el transcurso de kilómetro y medio. Verdaderamente extraño, sobre todo si tenemos en cuenta que sería una circunstancia que a lo largo de los 450 kilómetros de Camino no se produciría nunca más.

Naturalmente, es el único "coche de apoyo" que concibo...

**R.**

